

EDUCACION PINTO RESCA.

PERIÓDICO

PARA NIÑOS.



Núm. 6.º

ADMINISTRACIÓN:

Calle de las HUERTAS, núm. 42.

MADRID.—1857.



SUMARIO. *Modas de Niños*, por Z.—*La Niña y la Dalia* (Fábula), por doña Joaquina García Balmaseda.—*El Mes de Mayo*, por C. P.—*El Premio de la Virtud* (Cuento persa), por J. A. V.—*Historia de los Niños célebres*, por J. P.—*Plutarco de los Niños*, por don Modesto Infante.

Lámina que acompaña á este número: *Figurin de modas de Niños*.



Lit. de J. Aragón.

Letre ht?

Trajes de Primavera.

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO PARA NIÑOS.

MODAS DE NIÑOS.



USPENDE por hoy las serias ocupaciones, dejad por un momento vuestros útiles trabajos, lectores queridos, y apresuraos á abrir el número de la *Educacion* que llega á vuestras manos. No penséis encontraros en la lámina que le acompaña con una leccion científica, que reclama gran detenimiento para comprenderla, ni con una fábula, seguida de su correspondiente artículo moral, ni siquiera con un ejemplo provechoso; nada de eso: la lámina en cuestion os representa en diversos trajes de niños las últimas novedades de la Moda, donde cada uno de vosotros puede elegir el que mas le guste, y suplicar á su buena mamá que se le compre en premio de su constante aplicacion. Esto os probará como vuestro querido periódico se interesa por vosotros de todas maneras, queriendo guiaros hasta en el adorno exterior de la persona, que es el complemento de vuestra educacion.

Los niños son como las flores, y estas nos encantan; primero, porque sabemos

que en su cáliz nos guardan dulcísimo aroma; despues porque admiramos sus bellos colores, y por último, porque esos colores destacan sobre el verde follaje que viste su tallo: queremos á los niños porque, semejantes á aquellas, con su deseo de saber nos muestran el precoz talento que ha de set el perfume que embalsame su existencia; ademas, porque su rostro infantil es siempre bello, y por último, porque los engalanamos de mil maneras caprichosas, si bien sencillas, como conviene á su edad, para que á primera vista resalten todas sus gracias.

La *Educacion Pintoresca*, cual si fuera una madre cariñosa, no se contenta con guiaros por la senda de la virtud ilustrando vuestro entendimiento, quiere tambien adornaros para que agradeis á todo el mundo, quiere embellecer vuestra imaginacion y vuestra figura.

El niño, que vestido con suma sencillez, está sentado á la izquierda del grupo dibujando en la arena con la punta de su baston, lleva un gabancito de terciopelo, color castaña, ceñido flojamente al talle con cintura de la misma tela, y sin mas adorno que una cinta de terciopelo negro, que baja recta por delante, y un galoncito ancho que guarnece el gaban y la vuelta de la man-

ga. Un pantalon blanco y sombrero de paja de Italia redondo, y con el ala un poco vuelta en los dos lados, completan su traje.

El otro, como de edad de cinco años, que se entretiene en elevar un globo pendiente de un hilo, tiene un traje de mahon de la India, cuya falda está adornada en los costados por agremanes blancos de pasamanería, que puestos en disminucion, uno sobre otro, llegan hasta la cintura, y dos de ellos sesgados en mitad de la falda marcan los bolsillos. Chaqueta igual, redonda de puntas y con entrada en la cadera, guarnecida al rededor del mismo agreman, repitiéndose en el pecho y codo de la manga el adorno de la falda. Cuello y mangas interiores lisas. Pantalon bordado; gorra redonda de tafilete bronceado, y botas iguales.

La niña de diez á once años, que presidiendo el grupo parece velar por su hermanita menor, lleva una falda de cuadros blancos y verdes: chaqueta de glasé negro, bastante larga, y adornada al rededor de una ancha franja de terciopelo cortado. Cuello parisien estrechito: mangas anchas berladas, y sombrero color de rosa, cubierto de cuadritos de terciopelo negro y lazos de la misma cinta mas ancha: guantes color de caña, y pulseras de terciopelo. Su hermana, de edad de dos años, tiene un vestido sencillo de piqué blanco, de escote cuadrado y manga corta, adornado todo de tiras bordadas: panta-

lon bordado tambien, y botitas azules.

El traje de la linda niña que tiene sobre sus rodillas la muñeca, es muy gracioso y elegante; la tela es de poplin color de rosa, y en la falda, que es de mucho vuelo, va colocada formando delantera una tira ancha de la misma tela, picada por sus dos orillas, llevando en medio una hilera de botones del mismo color, de pasamanería: otras dos tiras mas estrechas que la anterior, y picadas tambien, van una á cada lado de la de en medio, lo que ensancha y completa la delantera: cuerpo escotado con aldetas, guarnecida de una tira picada, y dos de estas en forma de tirantes suben por el hombro, continuándose por el pecho los botones de la falda: manga corta. Camiseta alta de entredoses, y mangas blancas de bullones. Sombrero de paja, de ala ancha, con una cinta rosa que rodea la copa, cayendo largos cabos á la espalda, y rizados de blonda y cinta rosa en el interior del ala.

El que está sentado al lado de ésta, niño como de siete años, y que sin atender á los juegos de los demas, está entregado á su lectura con una formalidad recomendable, lleva un gaban semejante al del primer niño, solo que éste es de poplin gris, adornado todo al rededor, así como la abertura del pecho y vuelta de la manga, con cinta de terciopelo negro, y cerrado por botones negros tambien. Pantalon de la misma tela y con el mismo adorno: este pantalon se queda en la rodilla, y por debajo sale un

volante ancho bordado. Cuello y mangas interiores bordados. Botitas gris, y sombrero de fieltro negro.

Falta solo el niño, que por su edad se destaca del cuadro; el que sin querer ya mezclarse en los sencillos recreos de los otros, los contempla sin embargo con afición, recordando á duras penas la dignidad de sus catorce años. Este niño viste ya un traje casi de hombre: levisac ó chaqueta de aldeta larga con una sola hilera de botones: pantalón oscuro; chaleco blanco y corbatita estrecha.

Tales son los últimos modelos que para vosotros envía la voluble diosa llamada Moda. Tienen, como todos los que salen de su mano, el sello del buen gusto, y son sencillos, ligeros, como convienen á semejante edad, á esa edad en que vuestro mayor encanto es el candor que vela vuestras facciones.

Z.

LA NIÑA Y LA DALIA.

Fábula.

Por un jardín ameno
de flores bellas,
que la vista cautivan
y la embelesan,
iba una niña,
entre todas, buscando
la mas bonita.

En vano la violeta
sencilla y dulce
la cerca y embalsama
con su perfume;
mientras ligero
del jazmín la fragancia
le lleva el viento.

La niña desdeñando
tan lindas flores,
que en su modesto cáliz
aroma esconden,
otras anhela
que arrogantes ostenten
mayor belleza.

Sobre su verde tallo
descubre erguida
una dalia, que alzaba
su frente altiva:
¡Gracias al cielo,
exclama, que al fin hallo
lo que deseo!

Tú que púrpura llevas
en tu ropaje,
y tus pétalos rizas
con sutil arte;
tú aquí entre todas
fijas mi pensamiento
por mas hermosa.

Hacia ella se dirige
con aire ufano,
y con mano atrevida
corta su tallo:
mas ¡ay! cuan pronto
tristes clava en el suelo
sus negros ojos.

Aquella flor que altiva
su cuello alzaba,
despreciando á las otras
que la cercaban;
falta de aroma,
solo agrada de lejos,
de cerca enoja.

Nunca, niña, te guies
por apariencias;
huye del que hace necio
de su grandeza
pomposo alarde,
que siempre es orgulloso
quien menos vale.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

EL MES DE MAYO.



L mes de Mayo, mes
de las flores, y quin-
to de nuestro calen-
dario, es el mas her-
moso entre los doce
del año. La natura-
leza toda se viste de
gala: el campo os-
tenta su verde al-

fombra; el cielo adorna su inmensa bó-
veda azul de ligeros y blancos pabellones;
la atmósfera se embalsama con el
aroma de las flores, y alados cantores
llenan los aires de torrentes de armonía.

Desde la mas remota antigüedad ha
sido Mayo el mes consagrado á las fiestas
populares y religiosas,

En la India se celebraba el primer día

de Mayo plantando un árbol simbólico,
costumbre que se ha perpetuado hasta
nuestros tiempos, especialmente en las
aldeas, en las que se coloca en la plaza
un grande árbol, que se denomina *El
Mayo*, en señal de regocijo por la vuel-
ta del buen tiempo. Los griegos en la an-
tigüedad, celebraban con la misma ale-
gría la venida de este mes, y actualmen-
te adornan las puertas y ventanas de sus
casas con enramadas el primer día de
Mayo. Los antiguos romanos consagra-
ban á los juegos floreales los tres pri-
meros días de Mayo, costumbre que es-
tablecieron despues entre los pueblos de
Occidente las colonias griegas y roma-
nas: en la edad media los juegos flore-
ales se trasformaron en Tolosa de Fran-
cia en certámenes poéticos y concursos
literarios, en los que los vencedores re-
cibían en premio flores de oro y plata.

Costumbres análogas se hallan esta-
blecidas en casi todos los pueblos: en
España las niñas celebran la *Cruz de
Mayo*, pidiendo á los transeuntes para
el adorno de su altarito, que han forma-
do en la calle ó en un portal, y en don-
de está sentada la niña mas bonita, ves-
tida de blanco, y coronada de flores, á
quien llaman la *Maya*.

Entre las festividades religiosas de es-
te mes, se cuentan la Ascension y las
tres rogativas que la preceden. La Ascen-
sion, que se celebra á los cuarenta días
de Pascua florida, es el aniversario del
día en que el Salvador se apareció á sus
discípulos por tercera vez, los condujo
á Bethania, y despues de bendecirlos se
subió á los cielos.

Las rogativas tienen lugar en los tres días que preceden á la Ascension, y fueron establecidas por San Mamerto, obispo de Viena, en el Delfinado, para pedir á Dios la bendición de los frutos de la tierra, y alivio en las sequías, terremotos, y otras calamidades.

Desconfiando nosotros de acertar á pintar con nuestros cortos talentos la santa poesía que encierran estas plegarias, hemos creído que nuestros jóvenes lectores nos agradecerán la tierna y sublime descripción que tomamos del *Génio del Cristianismo*.

«Las campanas de la aldea, dice el ilustre Chateaubriand, resuenan en los aires: los artesanos dejan su trabajo: los viñadores bajan de la colina: los labradores acuden de los llanos: los leñadores salen del bosque: las zagalas abandonan su ganado: las madres de familia dejan su rueca, cierran sus cabañas, y con sus niños de la mano se reúnen á los demás para asistir á la rogativa.

»La procesion se pone en orden en el átrio de la iglesia: á su puerta aparece todo el clero, que preside la ceremonia, el que está reducido á un sacerdote anciano, á quien sus feligreses llaman sencillamente el señor cura, y este nombre venerable en el cual se ha reasumiendo el suyo propio, indica al mismo tiempo que el ministro del Señor, el padre laborioso de su rebaño. Habita en el presbiterio, contiguo á la iglesia y próximo al cementerio, mansion de los difuntos, cuyas cenizas guarda. Allí como un centinela avanzado en las fronteras de la vida, recibe á los que entran y despide á los que salen de este valle de lágrimas.

Un pozo, dos álamos, una parra, que festonea su ventana, y algunas palomas, componen todo el patrimonio de este rey de los sacrificios.

»Entretanto el apóstol del Evengelio, revestido de sus sencillos ornamentos, reúne á sus ovejas á la puerta de la iglesia: les dirige una plática, excelente sin duda, si se ha de juzgar por las lágrimas de los asistentes. Las palabras: *hijos míos, amados oyentes*, repetidas con frecuencia, revelan todo el secreto de la elocuencia de aquel Crisóstomo de los campos.

»Después de la exhortacion la procesion se pone en marcha, entonando las letanías. El estandarte de los Santos, antigua bandera de los tiempos caballerescos, abre la carrera al pueblo, que le sigue mezclado con su pastor. Se atraviesan sendas tortuosas y surcadas por la pesada rueda del carro rústico: se traspasan vallas formadas de un solo tronco de encina: se camina á lo largo de un seto de zarza-rosas, entre el zumbo de las abejas y el canto de los mirlos y malvises. Los árboles están cubiertos de flores, ó adornados de un naciente ramaje. Los bosques, los valles, los rios y las rocas escuchan alternativamente el himno sagrado que entona el labrador. A sus cánticos los habitantes de los campos salen de entre los sembrados y se prosternan á alguna distancia, respondiendo á su vez.

»La procesion vuelve por fin al lugar, y cada uno á su trabajo. La religion no ha querido que el día en que se pide á Dios nos conceda los frutos de la tierra, fuese un día de ociosidad. ¿Con qué gra-

ta esperanza se rompe la tierra con el arado, despues de haber implorado la misericordia del Sér infinito que dirige el sol, y tiene en su mano los vientos del Mediodía y las aguas saludables!

«Para terminar dignamente un dia tan santamente principiado, los ancianos del pueblo vienen al anochecer á conversar con el señor cura, que toma su colacion al pié de los álamos del presbiterio. La luna derrama entonces sus últimas armonías sobre aquella festividad que nos renuevan en cada año el mas apacible de todos, y el curso del mas misterioso de los astros. Se nos figura escuchar por todas partes el grano que germina en la tierra, y las plantas que crecen y se desarrollan. Nos parece que una voz desconocida se eleva en el silencio del bosque, semejante al coro de los ángeles que guardan los campos, y cuya intercesion hemos implorado. Los suspiros del roiseñor resuenan agradablemente en los oídos de aquellos ancianos, sentados no lejos del lugar que ha de servirles de tumba.»

Este cuadro, en que rebosa la mas tierna poesia y la suavidad mas encantadora, es debido mas bien que al talento y tierna inspiracion de su ilustre autor, á lo sublime y santo del asunto. Qué cosa, en efecto, mas grande y natural que este anhelo del corazon humano hacia el que todo lo puede, y que tiene en su mano la facultad de dar la fecundidad y la abundancia á la tierra, que en vano el hombre, sin su apoyo, trataria de fertilizar con su trabajo, regándola con el sudor de su frente. Cuando el hombre contempla y estudia con

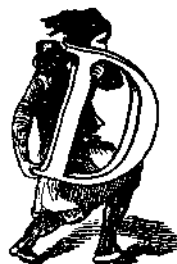
detenimiento los ritos y las ceremonias de las festividades que ha instituido la Iglesia, cuánta poesia y cuánta verdad encuentra en ellas! El testimonio de sus sentidos viene á fortalecer su fé.

C. P.

EL PREMIO DE LA VIRTUD.

QUENTO PERSA.

No examines la ejecutoria ni el patrimonio de un hombre de bien.
Proverbio.



IVERTIDO un dia en la caza Shah-Abbas I, rey de Persia, perdió de vista á sus criados, y andando por el bosque oyó una flauta, y se dirigió hacia el lugar de donde venia el sonido, cautivado por la dulzura de la sonata.

Llegado al sitio vió que el músico era un zagal de muy corta edad, que se divertia mientras pacia su ganado. Acercóse á él y le hizo varias preguntas, á las cuales contestó el muchacho con mucho ingenio y notable desembarazo. Admirado el Rey de tan claro entendimiento, entró en larga conversacion con el zagal, acabando de cautivarse con esto de su buen juicio.

Era Shah-Abbas uno de los mejores principes de Asia, y conociendo lo útil

que podria ser al Estado el cultivo de aquella rústica inteligencia, resolvió llevarse consigo al pastor.

Hizo llamar al padre por lo tanto, y le dió el dinero necesario para que le dispensase del servicio de su hijo, y luego partió con éste á la corte, donde lo puso bajo la enseñanza de los mejores maestros.

Los progresos que el régio alumno hizo bien pronto en la política escitaron la admiracion de los cortesanos, y aun escedieron á las esperanzas lisonjeras que habia formado su protector. Shah-Abbas entonces le puso por nombre Mahomet-Ali-Beg, y le hizo intendente de su palacio, de donde le envió á poco de embajador al Gran Mogol y á otros puntos despues. En todas partes se distinguió, tanto por la habilidad en sus negociaciones, como por su desinterés y la honradez de todos sus actos; virtudes que le hicieron resistir las tentaciones del soborno, vicio tan comun en los ministros asiáticos, que parece inseparable de sus oficios.

Llegado al alto puesto de Gran Visir, Mahomet celaba tanto la conducta de los empleados, que todos vinieron á ser enemigos mortales suyos, aunque ninguno se atrevia á hablar contra él á su Rey, que tenia puesta toda su confianza en el secretario que él mismo habia formado para honor de su reino.

Pero murió Shah-Abbas, y á su muerte ocupó el trono Schah-Sofi, jóven sin experiencia, como casi todos los princi-

pes educados por cortesanos débiles y aduladores.

Muerto su protector conspiraron fuertemente para arruinar á Mahomet todos sus enemigos. Este habia empleado sus crecidas rentas en edificios de utilidad pública, y esto sirvió de pretesto para acusarle de haber dilapidado el tesoro nacional. El nuevo Rey, pues, mandó al viejo favorito presentar las cuentas de su administracion en el término de quince dias.

—Mañana mismo, contestó el fiel ministro puedo presentarlas, porque es mi costumbre tenerlas siempre corrientes.

Schah-Sofi nombró una comision, compuesta sin él saberlo de los enemigos mas encarnizados de Mahomet, los cuales examinaron detenidamente todas las partidas, y no pudiendo hallar en ellas el mas pequeño error, ni fundamento para la acusacion mas leve, determinaron perder al Visir por otro camino. A este fin sugirieron al soberano la idea de que Mahomet guardaba un inmenso tesoro en su casa, puesto que en ella se decia tener un cuarto cerrado con tres llaves, y en el cual jamás habia permitido entrar criado alguno.

Con esta sospecha fué el Rey á la casa del ministro, y quedó admirado al ver la pobreza de los muebles y adornos en la habitacion de un hombre de tan alto rango.

Los cortesanos que acompañaban al Rey le guiaron al cuarto secreto, con la esperanza de encontrar allí pruebas bastantes para perder al honrado Mahomet.

Cuando hubieron llegado á la puerta, preguntó Schah-Sofí qué había en aquella habitacion tan cuidadosamente cerrada, á lo cual el ministro contestó:

—Ahí señor está toda mi riqueza, una propiedad exclusivamente mia, y de la cual nadie en justicia debe despojarme. Cuanto ahí se encierra me pertenece, todo lo demás es vuestro, señor, ó del Estado.

Abierto el cuarto no se halló en él mas que un cayado, unas alforjas, una zamarra, una calabaza para agua, y una flauta; las prendas en fin de que Mahomet se despojó cuando el difunto Shah-Abbas lo separó de su rebaño para llevarlo á la corte.

—Esta, señor, añadía el anciano reparando alegre aquellas prendas, esta era mi propiedad cuando vuestro antecesor, de feliz memoria, me trajo á su servicio. Ellas son el recuerdo de mi niñez. Ahora que ya soy viejo, permitidme ponérmelas para volverme á mi primera ocupacion.

Atónito Schah-Sofí ante tanta honradez, suplicó al antiguo Visir continuase su ministerio.

En vano Muhomet trató de oponerse á los deseos del monarca; forzoso le fué aceptar, y honrado y admirado por todos, murió en el alto puesto á que Shah-Abbas le había elevado.

Este cuento es tan popular en Persia, que apenas hay un libro en prosa ó verso donde no se refiera en el estilo hiperbólico oriental.

J. A. V.

HISTORIA DE LOS NIÑOS CÉLEBRES.



AMOS á contar á nuestros jóvenes lectores una docena de historietas, y aun si el pensamiento les agrada, y, como creemos, encuentran en él instruccion y recreo, no nos limitariamos á este número. Estas historietas son verdaderas, y sus héroes y heroínas son tambien niños: esto les persuadirá, que por pequeños que sean, pueden hacer nobles acciones cuando llegue la ocasion si tienen ánimo en el corazon y bastante fuerza de voluntad y perseverancia en el alma.

Los hijos de Eduardo.

Al tratar de los niños reyes, por los que vamos á principiar estos apuntes históricos, los primeros que naturalmente se vienen á la memoria son los hijos de Eduardo. ¿Quién no conoce este drama sangriento de la historia de Inglaterra?

Estos desgraciados niños eran hermanos: Eduardo V, el mayor de los dos, tenía doce años: Ricardo, duque de Yorck, que era el segundo, acababa de cumplir once. Eduardo IV, su padre, había pasado por difíciles pruebas durante su

ña, nació en 792, y para subir al trono tuvo que vencer á su tío Abdoullah, que intentaba usurpárselo. Lanzó de Cataluña á los francos, sujetó varias ciudades rebeldes, Mérida y Toledo entre otras; envió contra el rey de Leon dos ejércitos formidables, que fueron vencidos; y cansado al fin de la guerra, dedicóse exclusivamente al cultivo y perfeccion de las artes de la paz. Su corte de Córdoba se hizo la mas brillante del mundo conocido; acudiendo á ella de todas partes poetas, filósofos y arquitectos, que aumentaron su esplendor. Casi todos los soberbios monumentos que hoy parecen marchitas flores en la tumba de los califas cordobeses son de aquel tiempo. Abderraman II ademas, construyó fortalezas, organizó una flotilla, mejoró la administración de sus estados, y á poseer la virtud de la tolerancia hubiera sido un príncipe excelente; pero empañó su gloria tiranizando á sus súbditos cristianos. Tuvo 45 hijos, amen de 41 hijas, y murió en 662, dejando escritos en árabe unos *Anales de España*.

EL CONDE FERNAN GONZALEZ.

Ni el pueblo ni el año en que nació son cosas averiguadas; pero sí registró la historia sus inmarcesibles hechos. Entró en 923 á regir el Condado de Castilla, ganó la batalla de San Quirce, con poco mas de quinientos infantes y cien jinetes, reconquistó de los moros la ciudad de Lara, tomó por asalto el castillo de Carazo, deshizo en Cascajara se-

tenta mil soldados del rey moro de Córdoba, ensauzó sus dominios con Gormaz y Roa, ganó á Sandovál y Sepúlveda, venció en Hacinas otro ejército de Abderraman; cayó prisionero en Ciruela, batallando por D. Ordoño el Malo contra don Sancho de Leon, y los postreros años de su vida, acabada al parecer en Junio de 970; fueron consagrados á poner orden, paz y ley en su ya estenso condado de Castilla.

ABDERRAMAN III.

Con perjuicio del monarca legítimo, y atendiendo á las necesidades del estado antes que al derecho establecido, proclamaron los cordobeses en 912 á Abdoul-Rahaman, con el pomposo título de Émir-el-Moumenyn, (príncipe de los creyentes), que nuestros historiadores han vulgarizado con el de *miramolin*. El octavo califa de los omniadas, sostuvo al principio con poco éxito diferentes guerras con los reyes y condes de Leon y Castilla, á pesar de los refuerzos que de Africa recibía; pero mas tarde á poder de ardidés logró atajar su marcha triunfadora. Creó la marina árabe, apoderóse de Ceuta, cuya soberanía le fué solemnemente reconocida. No obstante sus continuos aprestos bélicos, y las enormes sumas que á los africanos satisfizo, mantuvo su corte bajo el pie de magnificencia fabulosa, y de sorprendente lujo, en que los anteriores califas la habían puesto. Protegió las artes, fundó una escuela de medicina, única á la sazón en Europa, trató á su enemigo don

eran un obstáculo á sus ambiciosos proyectos, trató de deshacerse de ellos, y dió orden de matarlos á Roberto de Blakenburg, gobernador de la Torre. Negándose este caballero á tan horroroso atentado, confió la guarda de los niños á Jacobo Tyrrel, sugelo de malas costumbres, lleno de deudas, y que para hacer fortuna no tuvo inconveniente en encargarse del asesinato de aquellos inocentes presos.

La historia de estos malogrados príncipes ha servido de asunto á interesantes dramas. Casimiro Delavigne termina su tragedia poniendo en la última escena el asesinato de los niños. Shakspeare no se atrevió á presentar á los espectadores este acto sanguinario; veamos las palabras que este inmortal poeta pone en boca de uno de los cómplices de tan atroz atentado, que aseguró la corona en las sienes de Ricardo III.

« Encontramos, dice, á los dos niños acostados en el mismo lecho, y tiernamente enlazados sus inocentes brazos, blancos como el alabastro: sus lábios parecían cuatro rosas abiertas en el mismo tallo en un hermoso día de Mayo. Cuando vimos sobre la almohada su libro de oraciones nos faltó la resolución... El recuerdo del precio de nuestro crimen volvió á tentarnos. Asustado, el duque de York, al ruido que hicimos al entrar saltó del lecho y quiso gritar: una puñalada lo redujo al silencio. Levántose entonces Eduardo, y colocándose delante de su hermano, como para pro-

tegerle, exclamó: No mateis á Ricardo; habeis equivocado la víctima: Yo soy el Rey. Pero nuestras órdenes eran terminantes: debíamos acabar con los dos, y lo hicimos. Salimos de la estancia llorando y horrorizados de haber inmolado á tan nobles criaturas. »

Cien años despues de cometido este doble asesinato, en 1485, la reina Isabel hizo abrir una puerta tapiada por largo tiempo en la Torre de Lóndres: allí se encontraron sobre un lecho los esqueletos de dos niños, con dos argohtas al cuello: era todo cuanto quedaba de perecedero de los hijos de Eduardo IV! La reina que no queria renovar la memoria de aquel crimen, mandó volver á tapiar la puerta, y prohibió que se hablase de este descubrimiento.

Pasados otros cien años, poco mas ó menos, Carlos II hizo abrir la puerta condenada, y los restos de aquellas víctimas de la ambicion de Ricardo III fueron trasladados á Westminster, al panteon de los reyes de Inglaterra.

J. P.

PLUTARCO DE LOS NIÑOS.

EDAD MEDIA.

ABDERRAMAN II.

Abdoul-Rahaman-Ben-Al-Hakem, cuarto de los califas omniadas de Espa-

ña, nació en 792, y para subir al trono tuvo que vencer á su tío Abdoullah, que intentaba usurpárselo. Lanzó de Cataluña á los francos, sujetó varias ciudades rebeldes, Mérida y Toledo entre otras; envió contra el rey de Leon dos ejércitos formidables, que fueron vencidos; y cansado al fin de la guerra, dedicóse exclusivamente al cultivo y perfeccion de las artes de la paz. Su corte de Córdoba se hizo la mas brillante del mundo conocido; acudiendo á ella de todas partes poetas, filósofos y arquitectos, que aumentaron su esplendor. Casi todos los soberbios monumentos que hoy parecen marchitas flores en la tumba de los califas cordobeses son de aquel tiempo. Abderraman II ademas, construyó fortalezas, organizó una flotilla, mejoró la administración de sus estados, y á poseer la virtud de la tolerancia hubiera sido un príncipe excelente; pero empañó su gloria tiranizando á sus súbditos cristianos. Tuvo 45 hijos, amen de 41 hijas, y murió en 662, dejando escritos en árabe unos *Anales de España*.

EL CONDE FERNAN GONZALEZ.

Ni el pueblo ni el año en que nació son cosas averiguadas; pero sí registró la historia sus inmarcesibles hechos. Entró en 923 á regir el Condado de Castilla, ganó la batalla de San Quirce, con poco mas de quinientos infantes y cien jinetes, reconquistó de los moros la ciudad de Lara, tomó por asalto el castillo de Carazo, deshizo en Cascajara se-

tenta mil soldados del rey moro de Córdoba, ensanchó sus dominios con Gormaz y Roa, ganó á Sandovál y Sepúlveda, venció en Hacinas otro ejército de Abderraman; cayó prisionero en Ciruela, batallando por D. Ordoño el Malo contra don Sancho de Leon, y los postreros años de su vida, acabada al parecer en Junio de 970; fueron consagrados á poner orden, paz y ley en su ya estenso condado de Castilla.

ABDERRAMAN III.

Con perjuicio del monarca legítimo, y atendiendo á las necesidades del estado antes que al derecho establecido, proclamaron los cordobeses en 912 á Abdoul-Rahaman, con el pomposo título de Émir-el-Moumenyn, (príncipe de los creyentes), que nuestros historiadores han vulgarizado con el de *miramolin*. El octavo califa de los omniadas, sostuvo al principio con poco éxito diferentes guerras con los reyes y condes de Leon y Castilla, á pesar de los refuerzos que de Africa recibía; pero mas tarde á poder de ardidés logró atajar su marcha triunfadora. Creó la marina árabe, apoderóse de Ceuta, cuya soberanía le fué solemnemente reconocida. No obstante sus continuos aprestos bélicos, y las enormes sumas que á los africanos satisfizo, mantuvo su corte bajo el pie de magnificencia fabulosa, y de sorprendente lujo, en que los anteriores califas la habían puesto. Protegió las artes, fundó una escuela de medicina, única á la sazón en Europa, trató á su enemigo don

Sancho de Leon, con noble generosidad, hospedándole en su palacio, y dándole un ejército para recobrar su trono; y al morir en 961, su gloria personal era tan grande como merecida, al paso que la de su pueblo comenzaba á oscurecerse.

EL CID CAMPEADOR.

Apellidado por el amoroso pueblo de Castilla con los gloriosos títulos de *Campeador*, *mío Cid*, *nacido en buen hora*, se destaca en la profunda oscuridad del siglo undécimo un héroe, una gigante figura, que ha proporcionado á los historiadores tarea tan árdua y difícil, que hay quien su existencia misma ponga en duda, y quien la juzque lo menos adulterada por la tradicion y la fábula de consuno. Es sin embargo, cosa indudable que existió. *El poema del Cid*, escrito á la mitad del siglo XII, es decir, unos cincuenta ó sesenta años despues de la muerte del héroe, lo que hace imposible la ficcion, como ha probado el señor Hartzenbusch; la *crónica* latina de sus hazañas, compuesta en el siglo XIII, la carta de arras de su casamiento con Jimena Gomez, y en fin, las escrituras de fundacion y dotacion de Valencia, son documentos á todas luces irrecusables. De sus hechos en resumen puede como verosímil decirse lo siguiente: de Diego Lainez, descendiente de Lain Calvo, juez de Castilla, nació en Búrgos por el año de 1050. Rodrigo ó Rui-Díaz, valientísimo y leal caballero, que peleó por su rey D. Sancho mejor que éste merecia; que muerto D. San-

cho por Vellido Dolfos en el cerco de Zamora, y no atreviéndose ningun noble de Castilla ni de Navarra á tomar á Alonso VI juramento de no haber suscitado aquel crimen, se lo tomó el Cid por sí solo en el monasterio de Santa Gadea; que desterrado con ocasion de este patriotismo sin par, asistió al Rey de Zaragoza Almuctaman, contra sus poderosos enemigos, venciendo y aprisionando al mas poderoso de ellos, el conde de Barcelona D. Ramon Berenguel II: que en 1088 volvió á la gracia del rey de Castilla, tornando á perderla en 1089, con que salieron desterrados y miseros él, doña Jimena y sus hijas; que en 1092 volvió el Rey á necesitarle su ayuda, y Rodrigo á prestársela con nunca vista lealtad, y á ser blanco nuevamente de su rencor nunca estinguido; que entonces hizo tributarios suyos á muchos moros valencianos, sobre dominar la Rioja casi entera, por ser el comandante que en ella el Rey tenia, quien al lado de Alfonso le calumniaba; y en fin, que conquistó á Valencia, Játiva, Murviedro y muchos pueblos mas, haciendo gran carniceria en moros y almorabides, cuyas jornadas fueron las últimas en que brillaron sus invencibles espadas, Tizona y Colada, pues murió en 1099, dejando el gobierno de Valencia á Jimena, su viuda, y y sabias leyes á sus vasallos.

MODESTO INFANTE.



BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico se publica por entregas, repartiéndose cuatro al mes, y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el texto, una lámina litografiada, entre las que se dará en cada estacion un figurin de Modas para niño. Cada mes se repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño.

Las suscripciones principiarn desde 1.º de Abril.

Los números de los seis primeros meses formarán un lindo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un índice, con su cubierta en papel de color.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid 3 rs. al mes: 8 rs. trimestre: 15 medio año.

En Provincias 12 rs. trimestre: 20 medio año.

Con las láminas enciclopédicas.—Un real mas al mes respectivamente.

A las señoras Directoras de Colegios, ó maestras de niñas, que lo deseen se les enviará en lugar de lámina enciclopédica un pliego de dibujos de bordados y otras labores.

Los señores Directores de Colegio, ó maestros de instruccion primaria, que pidan cuatro suscripciones recibirán gratis la suya.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. En la *Administracion del Periódico*, calle de las Huertas, núm. 42; Pelegrini, Caballero de Gracia, núm. 8; Librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailli-Balliere, calle del Principe; Perez, calle de Carretas; *La Publicidad*, Pasaje de Mateu; L. Lopez, calle del Cármen, núm. 29, y Duran, calle de la Victoria; Sanchez Rubio, calle del Prado; Dochao, calle de Jacometrezo.

EN PROVINCIAS. En las principales Librerías y Administraciones de Correos, ó directamente remitiendo el importe en libranzas sobre Correos ú otras de fácil cobro, en carta franca con sobre al Editor del Periódico ó en sellos en carta certificada.